

que creían muy delicada y sensible viniese á complacerse en el espectáculo de los ejercicios de esgrima, que no podían dejar de despertar en ella un recuerdo siniestro. Sin embargo, fué necesario acostumbrarse á su presencia, porque desde aquel día no dejó de asistir á la sala de armas una sola mañana, á la hora en que el Baron y sus amigos se reunían en ella. La extraña jóven parecía seguir con apasionado interés todos los movimientos; inclinábase ligeramente hácia adelante, y con la frente sombría y la mirada fija, quedaba como absorta en la contemplación de las estocadas y de los quites que se cruzaban entre los adversarios. Cuando su marido entraba personalmente en escena, era, sobre todo, cuando su curiosidad y su entusiasmo parecían llegar al más alto grado de intensidad; y entónces estaba tan atenta que ni respiraba siquiera. Aquella atención extrema llegaba á ser molesta para el Baron.

Á fuerza de aplicación, Juana llegó á ser bastante inteligente en aquellos ejerci-

cios de esgrima; juzgaba las estocadas y sabía estimar bastante bien la habilidad relativa de los tiradores. Así pudo llegar á conocer por sí misma que su marido era efectivamente, como lo había oído asegurar, un tirador cuya destreza, cuyo vigor y cuya fuerza eran poco comunes, y que, entre los huéspedes del momento, no había más que uno solo que pudiera medirse con él sin gran desventaja. Era M. de Monthelin, el cual en algunos asaltos llegó aún á conseguir una ventaja marcada sobre el Baron, lo que le valió algunas palabras halagüeñas de parte de Juana.

XIV.

No creemos que sea necesario decir que monsieur de Monthelin, viéndose libre de la rivalidad del Conde de Lerne, había vuelto á tomar al lado de Juana su antiguo papel de enamorado. Por aquel

tiempo creia él sentirse seriamente animado, y empezaba á abrigar esperanzas que no dejaban de parecer bastante fundadas, cuando un acontecimiento inesperado vino de nuevo á desconcertarle en sus operaciones.

Ademas de los huéspedes habituales del castillo y de los vecinos, el Baron de Maurescamp solia invitar á sus cacerías de la *Venerie* á algunos oficiales de la guarnicion de Compiègne, á quienes habia conocido en París, ó encontrado en alguna cacería; entre estos oficiales, que eran en su mayor parte hombres de sociedad y de maneras distinguidas, habia uno que formaba verdadera excepcion y que causaba cierta extrañeza ver bien acogido en la *Venerie*.

Era un jóven capitán de cazadores llamado Sontis, bien nacido, pero mal educado; libertino, insolente y de groseros modales. Su físico no compensaba en manera alguna lo que le faltaba por el lado de la distincion social y moral. Era peque-

ño, feo, lívido, muy delgado; el color de sus cabellos, muy escasos, era rubio pálido, y sus ojos grises tenian una expresion dura y cínicamente burlona.

En cambio, era un *sportsman* completo; en materia de equitacion, de carreras, de caza, y en general, en todo lo que tiene relacion con el *sport*, era no sólo muy inteligente y de gran competencia, sino tambien de una habilidad superior en la ejecucion. Por estas cualidades especiales habia cautivado al Baron de Maurescamp, que desde hacía algun tiempo habia formado el proyecto de tener crianza de caballos y de amaestrarlos para las carreras. Sobre estas materias importantes el Baron conferenciaba á menudo con el capitán Sontis, y sacaba gran provecho de sus preciosas indicaciones.

Desde el primer momento, Juana sintió gran antipatía por aquel hombre de figura desagradable y modales poco finos, y no se esforzaba á la verdad mucho por disimularlo.

La jóven vió con disgusto, en los primeros dias de Noviembre, que, invitado por Maurescamp, aquel oficial se instalaba en la *Venerie* para pasar tres semanas.

Hasta entónces sólo alguna que otra vez habia ido á almorzar ó á comer, con ocasion de alguna partida de caza. Desde la primera mañana que pasó en el castillo, monsieur de Sontis fué invitado cortésmente por el Baron y dos ó tres de sus huéspedes para pasar con ellos un rato en la sala de armas. Monsieur de Sontis contestó que tendria mucho gusto en desentumecerse la muñeca, porque hacía ya mucho tiempo que no tiraba.

Despues de tirar algunas estocadas contra el muro durante algunos minutos, aceptó un pequeño asalto, como de ensayo, con el dueño de la casa. Pusieronse uno delante de otro, y el Baron quedó sorprendido al encontrar en aquel hombre de mezquina apariencia un adversario temible. Aquel oficial pequeño y de aspecto débil tenía el golpe de vista admirable, al

mismo tiempo que la agilidad y los saltos del tigre. Un poco desconcertado al principio por el vigor del Baron, no tardó en reponerse completamente, y desde el segundo ataque se conoció su completa superioridad. Monsieur de Maurescamp, picado, le dijo riéndose que esperaba el desquite para el dia siguiente.

—No hay inconveniente.—dijo el capitán—estoy siempre á vuestras órdenes; pero os advierto que os conozco ya, y que sólo conseguiréis tocarme cuando yo lo quiera.

—Ya lo veremos—dijo con cierta sequedad el Baron.

Juana, como de costumbre, habia presenciado aquella mañana el asalto. Al salir notábase en ella una seriedad y un aire pensativo que no le era habitual desde que habia entrado en aquel último período de su existencia; durante todo el dia la jóven permaneció pensativa.

Juana no dejó de asistir puntualmente al asalto del siguiente dia.

El Baron y el capitán empeñaron el asalto, al cual daba excepcional interés la escena de la víspera. La curiosidad de todos los espectadores estaba manifiestamente sobrecitada; pero la de la Baronesa había llegado al último extremo, y sus facciones contraídas demostraban, mientras iba siguiendo las peripecias del combate, un interés, ó mejor dicho, una ansiedad que no guardaba en manera alguna proporción con las circunstancias.

Aquel asalto fué un verdadero desastre para el Baron de Maurescamp. El joven capitán de cazadores, aunque muy inferior á su contrincante en fuerza muscular, no dejaba por eso, bajo su débil apariencia, de tener un temple de acero. Desde hacía mucho tiempo era ya considerado como un maestro en la esgrima, y había conocido pronto el lado débil y las faltas del Baron, muy temible para otro adversario que él. Desde el principio conoció M. de Soñtis que el Baron incurria, con las armas en la mano, en el defecto general de los

hombres muy vigorosos y muy sanguíneos, que consiste en la tendencia á contar demasiado con su vigor, y á abusar, aún sin darse cuenta, de los efectos de fuerza.

Dotado de una ligereza y de una firmeza de muñeca incomparable, y tan seguro de su ojo como de su mano, el capitán no dejaba entrada posible á su adversario; turbábale y desconcertábale con ataques rápidos y fingidos, aprovechando las desviaciones á que se entregan siempre en las paradas las espadas violentas, para dirigir estocadas rápidas como el relámpago. El Baron de Maurescamp tenía delante de sí una espada invisible é intangible, y podría casi decirse que no la sentía sino cuando le tocaba en el pecho. En resumen, recibió en aquella mañana cinco ó seis botanazos, y no logró dar uno solo.

El amor propio excesivo del Baron de Maurescamp no le permitió, sin embargo, confesar su inferioridad decisiva. Convino únicamente que aquel día no estaba de

vena. En los días siguientes quiso renovar la prueba; pero el resultado fué el mismo, y si consiguió dos ó tres veces, en otros tantos asaltos sucesivos, hacer sentir el boton de su florete á M. de Sontis, pareció evidente á todo el mundo que el capitán se habia dejado tocar por política. Enojado y despechado el Barón se abstuvo desde entónces, bajo diferentes pretextos, de asistir por las mañanas á la sala de esgrima.

A las mujeres les gustan los valientes y los vencedores. Sin duda por esta afición, tan notable en su sexo, fué por lo que la Baronesa de Maurescamp pareció de pronto que perdonaba al oficial de cazadores su mala figura y su mala reputación, y empezó de una manera visible á honrar con particular benevolencia al mismo hombre hácia quien habia demostrado hasta entónces una desdenosa indiferencia que no estaba muy léjos de la aversión. Por poco preparado que estuviese á conquistas de tanta alma, el capitán no pudo equivocarse

se sobre el carácter que tenían las atenciones de que era objeto. Al principio, sin embargo, no correspondió sino con mucha reserva, ya porque, habituado á bajos amores de guarnición, se encontrara intimidado ante una jóven elegante y de tan exquisita sociedad como Juana de Maurescamp, ya porque olfatease — porque no le faltaba astucia — algun lazo desconocido bajo aquellas provocaciones de que tal vez tenía el buen gusto de creerse indigno.

Por extraña que la aventura fuese, parecia indudable que aquella mujer encantadora, delicada y casta se habia enamorado de aquel hombre indigno y vulgar. Durante la última semana que el jóven oficial debia pasar en la *Venerie*, los síntomas de aquella loca pasión de Juana se revelaron más y más claramente á los ojos curiosos y celosos que la observaban.

Extrañábase tambien mucho que aquella conducta que á los ojos de todos se mostraba tan clara, escapase á aquel que tenía más interés en notarla, al Barón de

Maurescamp, que habia dado ya pruebas de su susceptibilidad conyugal.

Extrañaba aquello tanto más, cuanto que la Baronesa no se esforzaba mucho por disimular; más bien podia decirse que era imprudente. Muchas veces daba á su marido el espectáculo de sus conversaciones misteriosas con el capitán; escogia torpemente el instante en que su marido pasaba por el patio para echar por la ventana una flor, que se quitaba del pecho, al oficial de cazadores; en los paseos á caballo, quedábase con él rezagada, se perdian juntos en los bosques y no volvía sino á la caída de la noche, cuando el Barón empezaba á impacientarse, ya que no á inquietarse. Por último, bailaba toda la noche con el capitán hablándole al oído y dirigiéndole sonrisas y miradas propias para enardecerle la sangre.

Por muy reservado y lleno de desconfianza que M. de Sontis pareciese en un principio, era imposible que resistiera mucho tiempo á tales insinuaciones. Quizá

recibió prendas suficientes para disipar sus sospechas. Sea lo que quiera, el joven no tardó en compartir la pasión violenta que habia sabido inspirar. En aquel amor tan nuevo para él, llegó aún á poner de su parte una especie de exaltación sombría y feroz que parecia divertir mucho á la Baronesa de Maurescamp.

El marido continuaba sin apercibirse de nada; pero, sea por una razón ó por otra, estaba preocupado. Veíasele ménos expansivo, ménos sentencioso, ménos preponderante que de costumbre: casi parecia volverse melancólico. Su semblante de encendido color, se matizaba á ratos con manchas pálidas ó verdes. Un observador inteligente hubiera quedado sorprendido de las miradas audazmente irónicas que su mujer fijaba en él algunas veces, y á las cuales parecia sustraerse con penosa impresión.

El 28 de Noviembre era el último día que el capitán debia pasar en el castillo. No hubo cacería aquella mañana. El Barón,

despues del almuerzo, habia ido á inspeccionar las reparaciones que se hacian en uno de los pabellones. Para regresar, tenía siempre la costumbre de separarse de las grandes avenidas del parque, tomando una calle secundaria que se llamaba de Diana, y que acertaba el camino. Esa calle atravesaba por un espeso bosquecillo, resto del antiguo parque, que debia trasformarse en verjel, pero que por esa misma razon permanecia en completo estado de abandono y formaba una especie de pequeño bosque sagrado que estaba siempre solitario. La calle de que hablamos debia su nombre á una vieja estatua de la diosa, de la cual no quedaba en pié más que el zócalo; la cabeza habia rodado por la hierba. Aquel lugar retirado y misterioso era muy propio para paseos y confidencias de enamorados. Pero de todas maneras, era una gran imprevision de parte de Juana escogerle aquella mañana para teatro de su tierna despedida del oficial de cazadores. No ignoraba ella la excursion matinal de

su marido al pabellon del guarda ; sabia el camino que debia tomar á la vuelta. ¿Cómo podia la ceguedad de su pasion llevarle hasta el extremo de olvidar que aquella misma hora en que habia dado cita á monsieur de Sontis para aquel lugar, debia pasar tambien por allí su marido?

Sea lo que quiera, los dos jóvenes estaban en el bosquecillo, muy ocupados uno de otro. Habíanse sentado juntos en un banco rústico, junto á un macizo de follaje y frente á la estatua de la diosa. En vispera ya de su partida, mostrábase el oficial más insinuante, y Juana más débil: hablábanse en voz baja, teníanse cogidas las manos y sus semblantes casi se tocaban, cuando el capitán sorprendió en la mirada de la Baronesa una chispa súbita, una llama que evidentemente no iba dirigida á él; volvióse con viveza, siguiendo la direccion de las miradas de la joven, y vió algo confusamente á traves de los árboles, hácia el extremo de la calle, á un hombre que parecia titubear ántes de avanzar ; despues

aquel hombre volvió la espalda bruscamente, tomó otro camino y desapareció en la espesura. El capitán creyó haber reconocido al Barón de Maurescamp.

—¿No es vuestro marido?— preguntó á Juana.

—Sí.

—¿Y no creéis que nos haya visto?— añadió el oficial.

—No lo sé— respondió Juana;— pero si nos ha visto, es un cobarde.

Hubiéralos visto ó no, el Barón volvió tranquilamente al castillo por las avenidas más largas, pero más cómodas, del parque moderno. Salió de nuevo un momento después, y pasó el resto del día inspeccionando las plantaciones y los cortes de leña.

Hasta el primer toque que anunciaba la comida no volvió á entrar.

Sin duda por efecto de la sospecha de haber sido visto aquella mañana, el capitán, al bajar al comedor, creyó notar cierta contrariedad en la manera de recibirle el Barón, y aún alguna alteración en sus fac-

ciones. Empezó la comida. Había como veinte convidados en la mesa. Se extrañó no poco ver que la Baronesa de Maurescamp colocaba á su derecha al capitán de cazadores, que era entre todos los comensales uno de los más jóvenes y de los menos caracterizados; pero debía partir el día siguiente, y esta circunstancia explicaba hasta cierto punto el honor excesivo que recibía. Sea porque este detalle de etiqueta hubiera desconcertado á algunos de los invitados, sea porque en el aire que allí se respiraba se notase ese vago malestar precursor de las tempestades, el principio de la comida fué silencioso y glacial. Pero la abundancia y excelencia de los vinos con que se acompañaba á los platos exquisitos no tardaron en disipar aquellas sombras, depejando las frentes y despertando los espíritus. La conversacion se hizo animada, y acabó aún por alcanzar un tono más alto que de costumbre, como sucede con frecuencia cuando ha sido necesario hacer un esfuerzo para vencer un primer momento

de frialdad y de embarazo. En resúmen, la comida, que habia empezado con cierta tristeza, terminaba en un brillante banquete de cazadores y gente alegre, cuyo buen humor excitaba la presencia de algunas jóvenes y lindas mujeres. El mismo Baron de Maurescamp, que era de ordinario buen bebedor, y que aquella noche habia vaciado el vaso más de lo razonable, parecia libre de las preocupaciones que desde hacía algun tiempo pesaban sobre sí mismo. Quizá festejaba en lo íntimo de su pecho la próxima partida de su huésped cómodo. De todos modos, es lo cierto que habia recobrado su tono natural de suficiencia y de autoridad, y se dignaba comunicar á sus huéspedes, con su voz llena y triunfal, algunos de sus principios y de sus sistemas favoritos.

La Baronesa de Maurescamp, por su parte, prodigaba sus favores al capitán, quien, á pesar de su aplomo, se sentia visiblemente contrariado. Al mismo tiempo, y como para imitar á su marido, menudea-

ba las copas llenas de *sauterne* y de *champagne*, lo que provocaba en ella accesos de loca alegría. Entre esas crisis de brillante hilaridad, caia de vez en cuando en vagas meditaciones, como una bacante fatigada.

A los postres, declaró que se tomaria el café en el comedor; se estaba de vena, y en todos reinaba la alegría; si cada uno iba por su lado, los unos al salon, los otros á la sala de fumar, se romperia todo el encanto..... Permanecerian, pues, todos juntos en el comedor, y se permitiria fumar á los hombres. Esta declaracion fué acogida con aplausos por los convidados.

Sirvieron el café, circularon los puros. Juana anunció que ella tambien iba á fumar, y cogió un puro de la bandeja.

—Os va á hacer daño—exclamó Maurescamp.—¡Vaya! fumad, si quereis, un cigarrillo.

—No, no; quiero fumar un puro—exclamó la jóven, cuyos ojos parecian turbados.

El Baron se encogió de hombros, y no dijo una palabra más.

Juana encendió una cerilla, se puso el cigarro en la boca, y empezó á fumar resueltamente, aclamada por la concurrencia.

Después de dos ó tres minutos,

—Es verdad—dijo—teniais razon..... esto me hace daño.

Después, volviéndose á su vecino de la derecha :

—Capitan—le dijo, quitándose de los labios el cigarro húmedo, y ofreciéndoselo—tomad..... acabad mi cigarro.

Ante este movimiento, ante aquellas sencillas palabras, pareció que las veinte personas que habia en aquella sala, tan alegres y tan animadas un momento hacía, se habian vuelto de mármol; reinó de pronto tan completo silencio, que pudo escucharse como si aquel comedor hubiese estado vacío, el viento que silbaba en el exterior.

Todas las miradas, que se habian fijado primero en Juana, se dirigieron después á

su marido, que naturalmente estaba sentado frente á ella; estaba sumamente pálido, miraba á M. de Sontis, y esperaba lo que éste habia de hacer.

El oficial dudó un momento, interrogando con los ojos á Juana.

—¡Vamos!—le dijo la jóven—¿De qué teneis miedo?

El capitan no dudó ya; tomó el cigarro que ella le ofrecia, y se lo puso en la boca.

En el mismo instante el Baron se quitó de la boca su propio cigarro, y lanzándolo con violencia al rostro de M. de Sontis,

—Acabad tambien el mio, capitan—le gritó.

El cigarro, á medio fumar, fué á dar en la cara del capitan, y se deshizo haciendo saltar chispas.

Todos los presentes se habian levantado. En medio del estupor y de la confusion general, Juana, á quien súbitamente se le habia pasado la embriaguez, se mantenía de pié, fria, impassible, apoyando una

mano en el respaldo de su silla. Su bella fisonomía, que hemos conocido ántes tan pura y tan noble, parecia cubierta con la máscara de Tisiphone: expresaba aquella mezcla de honor y de salvaje alegría que debió leer en la frente encantadora de María Stuard cuando oyó la explosion que la vengaba del asesino de Rizzio.

XV.

De resultas de aquella escena, cuyas consecuencias amenazaban ser trágicas, la mayor parte de los invitados se eclipsaron discretamente; los vecinos hicieron enganchar en seguida, los demas tomaron el tren de la noche para volverse á París. Sólo quedaron en el castillo los amigos más íntimos.

El capitan, como era natural, se retiró el primero, yendo á instalarse para pasar la noche, al pueblo más próximo á la *Ve-*

nerie. Un desafio era inevitable. Dos oficiales del mismo regimiento, que habian asistido á la comida, se pusieron de acuerdo con M. d'Hermany y M. de la Jordye, á quienes el Baron habia vuelto á nombrar por padrinos.

No cansarémos por segunda vez al lector con los detalles de las negociaciones que tuvieron lugar entre los testigos de una y otra parte. Nadie intentó siquiera hablar de arreglo. En cuanto á la eleccion de armas, es claro que el Baron, despues de lo ocurrido en sus diferentes asaltos con el capitan, hubiera querido batirse á la pistola; pero si el acto de poca delicadeza que el oficial de cazadores, invitado por la Baronesa de Maurescamp, se habia permitido, daba al esposo en un principio el papel de ofendido, habia perdido ese carácter, dejándose arrebatarse hasta el punto de responder á esa ofensa con un ultraje mortal. Por otra parte, el orgullo del Baron, inspirándole la conducta conveniente en tal ocasion, le hizo aceptar la espada sin